

Maupassant y Clarín: Padres e hijos

Marta Giné Janer

A mediados del siglo XIX, cuando nacieron Maupassant (1850) y Clarín (1852), la gran influencia que la Literatura francesa ha ejercido en este lado de los Pirineos en los tiempos modernos, no hace sino aumentar y, en el último cuarto del siglo, el momento de mayor auge artístico de estos dos escritores, podemos incluso hablar de colonialismo cultural. De forma clara lo reconoce Clarín en el prefacio a los *Solos*:

Ahora los muchachos españoles somos como la isla de Sto Domingo en tiempo de Iriarte: mitad franceses, mitad españoles, nos educamos mitad en francés, mitad en español, y nos instruimos completamente en francés. La cultura moderna, que es la que con muy buen acuerdo procuramos adquirir, aún no está traducida al castellano.¹

Alas poseía un espíritu europeizante y abierto y era un buen conocedor de la Literatura francesa, de todas las épocas.

¹ Leopoldo Alas, *Solos de Clarín*, Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 19.

Alas debía ser, pues, un asiduo lector de Maupassant² y no tiene nada de extraño que se encuentren ecos del francés en la obra del asturiano. Como afirma Vial:

Tous les éléments que le romancier, souvent à son insu, a retenus de ses lectures, composent dans son esprit, dans cette «pâte de mots» employés déjà par d'autres, une ressource de schèmes en attente, dont l'activité se réveille à la demande de la page blanche. Devenus en quelque sorte catégories de son imagination créatrice, ils sont la substance même de son savoir et de son pouvoir, et se mobilisent comme autant de gestes réflexes et spontanés à la sollicitation du moment.³

En Maupassant, Clarín encontró ese algo consubstancial a su propia vida y a su propia obra. Y así, si intentamos acercarnos a sus vidas y épocas, evidenciaremos aspectos dispares pero muchos otros de comunes.

No es éste, sin embargo, nuestro propósito en estas páginas, sino que centraremos nuestra atención en la importancia concedida, por ambos autores, al amor materno/paterno filial. Es en este tema en el que, a nuestro entender, dos novelas de estos autores —*Une Vie* y *Su único hijo*— aparecen con toda su modernidad.

Acabada ya, en el momento de la escritura de *Une Vie* y *Su único hijo*, la fiebre romántica, nuestros dos autores se complacen en retratar una temática muy actual y cercana a la realidad: el adulterio, la paternidad biológica y/o afectiva, el trasfondo neurótico de las relaciones entre padres e hijos.

Desechada la pasión amorosa, defraudados por falsas compensaciones, Jeanne —en *Une Vie*— y Bonifacio Reyes —en *Su único hijo*— serán saciados con la recompensa del hijo. Ya antes de su matrimonio, Jeanne había manifestado el deseo de colmar su felicidad con la llegada de retoños:

Avec lui elle vivrait ici, dans ce calme château qui dominait la mer. Elle aurait sans doute deux enfants, un fils pour lui, une fille pour elle. Et elle les voyait courant sur l'herbe entre le platane et le tilleul, tandis que le père et la mère les suivraient d'un oeil ravi, en échangeant par dessus leurs têtes des regards pleins de passion.⁴

Y, desaparecida definitivamente la pasión, llega el hijo. Si Jeanne vive su embarazo sin ilusión —una nueva servitud asociada a la servitud al marido (el

² Las influencias de Maupassant en las obras de Clarín han sido estudiadas por C. Richmond (ed.), L. Alas, «Clarín», *Treinta relatos. Selección, edición, estudio y notas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, pp. 56 y 90. Vid. también, J.M. Millán Urdiales, «Reminiscencias de Maupassant en un cuento de 'Clarín'» in *Clarín y La Regenta en su tiempo*, Actas del simposio internacional, Oviedo, 1984.

³ A. Vial, *Faits et significations*, Nizet, París, 1973, p. 219.

⁴ G. de Maupassant, *Une Vie*, París, Albin Michel/Le livre de Poche, 1981, p. 21. En adelante, las cifras entre paréntesis, cuando citemos *Une Vie*, remiten a esta edición.

sacerdote utiliza este argumento para rehacer un matrimonio que para Jeanne estaba ya deshecho), ante el recién nacido se hace patente en ella el amor maternal. El pesar por el descubrimiento de los lazos amorosos entre Julien y Rosalie, por el vacío de una vida sin sentido... desarrollarán en su corazón un afecto desmesurado hacia el pequeño, su única fuente de dicha.

La maternidad coincide con una crisis profunda que trastorna toda su persona: después de la perfidia de Julien, de la loca carrera hacia el suicidio, Jeanne sabrá, por boca del médico, que va a ser madre y ésta será su máxima compensación.

Del mismo modo, en *Su único hijo* será también el hijo quien llene el vacío dejado por la pasión amorosa. El propio Bonifacio reflexiona:

Había coincidencias providenciales, que al hombre piadoso debían servirle de advertencias saludables, emanadas de Dios, traídas por la naturaleza (...)
Tampoco era milagrosa, aunque sí admirable, la coincidencia de anunciarse la *venida del hijo* la misma noche en que se marchaba la *pasión* (...)
La providencia y él se entendían. Había sido aquello como un contrato. «que se marche ella, y vendrá él.»⁵

Desde las primeras páginas de la novela se vislumbra este ideal en Bonifacio. No es difícil suponer que si acepta el matrimonio con Emma —en ninguna ocasión se nos dice que esté enamorado— es porque en ello reconoce la posibilidad de ser padre. De ahí que a los pocos meses de la boda su ánimo se embargue de tristeza:

Dos preocupaciones cayeron después sobre el ánimo encogido de Bonifacio: la una era una gran tristeza, la otra una molestia constante. Del mal parto de su mujer nacían ambas. La tristeza consistía en el desencanto de no tener un hijo (p. 23)

Dado el estado de Emma, los médicos aseguran que nunca podrá traer hijos al mundo; el hecho conlleva el desencanto del marido. Este, tímido hasta olvidar sus derechos, esconderá en el fondo del espíritu su afán y se dedicará a buscar nuevos ideales. *Su único hijo* es la novela del anhelo de lo absoluto, pero éste nunca llega, siempre se queda a medio camino. La ironía lo preside todo.

El anhelo escondido de la paternidad aflorará en las reflexiones de Bonifacio en varios momentos de la obra, cuando comprende que nada le colma:

La familia no era familia de verdad para él; Dios no lo había querido. Su mujer era su tirano (...) y, lo que era peor que todo: faltaba el hijo (p.147)

⁵ L. Alas, *Su único hijo*, Madrid, Alianza editorial/El Libro de Bolsillo, 1979, pp. 214-215. En adelante, las cifras entre paréntesis, cuando citemos *Su único hijo*, remiten a esta edición.

Bonifacio acaricia la paternidad con un gran sentido de responsabilidad, al contrario que Jeanne, en quien el amor es más instintivo.

Podemos incluso afirmar que la paternidad adquiere, para Bonifacio, un sentido religioso, que él mismo califica de sacerdocio. Así lo interpreta E. Gramberg:

En *Su único hijo* se presenta el amor paternal recién revelado a Bonifacio en íntima síntesis con una religiosidad igualmente redescubierta en aquella ocasión⁶

La religión entendida de una forma tradicional no convence a Bonis, es vista como una institución social. Además, en la novela, no se ofrece ninguna posibilidad de comunicación entre la criatura y Dios. Dios y los hombres se sitúan en diferentes planos, sin posibilidad de encontrarse, de ahí que las tendencias, hacia la divinidad, de Bonis se configuren en diferentes formas terrenales: la flauta, la pasión amorosa, el hijo. El deseo del hijo hay que entenderlo como un modo de percibir a Dios. El Dr. Glauben, de «Un Grabado», exclamará:

cuando usted tenga hijos... crea usted en Dios Padre⁷

Este tema es clave en la vida y obra de Clarín. Según los biógrafos, el último acto consciente antes de morir, va dirigido a ellos.

En esa llamada hacia el amor a los hijos de la carne parece sentir Alas, dulcificado por un complejo refinamiento, un instinto atávico, retorno a simples verdades elementales⁸

Ser padre se convierte en un sacerdocio y éste es uno de los temas claves en Clarín: en *El rey Baltasar* el amor paternal es la causa de que un ejemplar funcionario pierda su empleo; *Doña Berta* da un giro a su vida en busca de un supuesto retrato del hijo al que nunca conoció; el mismo asunto es central en *Las dos cajas* y «*Flirtation*» *legítima*... El tema del amor paternofilial era muy grato para Alas, seguramente sea la proyección del amor que sentía por sus propios hijos.

Es al hijo a quien Bonis intenta recuperar con sus amores ilícitos, pero éstos le han mostrado que, en el fondo, dominaba el impulso sexual. Ya el amor tenía para Reyes un ideal religioso, cuando descubre su error, el ideal religioso se orienta con fuerza hacia el hijo. Intenta vencerse a sí mismo, seguir el camino de la virtud y del sacrificio, para ser fiel al sacerdocio paternal.

⁶ E. Gramberg, «*Su único hijo*: novela incomprendida de Leopoldo Alas» in *El escritor y la crítica*, Madrid, Taurus, 1978, p. 211.

⁷ L. Alas, *Cuentos morales*, Barcelona, Bruguera, 1982, p. 119.

⁸ L. de los Ríos, *Los cuentos de Clarín. Proyección de una vida*, Madrid, Revista de Occidente, 1965, p. 127.

Bonifacio desea nacer a un amor nuevo exento de egoísmo, pero este ideal es difícil y no abandona la pasión, consuelo de sus preocupaciones. En un largo período narrativo se da esta ambivalencia en el espíritu de Bonifacio: se considera un apasionado, si bien cree que la pasión es pecaminosa (vid, por ej., o. 202)

Cuando se encuentra en este callejón sin salida es precisamente cuando recibirá la anunciación del hijo. Decir anunciación no es casual: la paternidad de Bonifacio se desarrollará siempre en un clímax religioso:

lloro de amor... nuevo; porque la voz de esa mujer, de mi querida, me anuncia que voy a ser una especie de virgen madre..., es decir, un padre...madre (p. 170)

A pesar de lo grotesco de la aspiración. Alas se identifica con el personaje en ese rechazo del sexo para lograr así que la paternidad/maternidad de Bonifacio tenga un toque de divinidad. Estamos muy cerca de la concepción del hijo de Dios, ya que la trascendencia atribuida a la paternidad se expresa, continuamente, con imágenes bíblicas (Bonifacio se compara a un obispo, también con Abraham y, a su mujer, con Sara...). El apellido —Reyes— se alza con todas sus connotaciones: su hijo ha de llevar el nombre del hijo de Dios (vid. p. 216) y, como éste, ha de ser único.

La religión de la paternidad se concibe a nivel terreno como una cadena de amor, la cadena de la generación que adquiere así un sentido trascendente:

Aqueíla era la fuente; allí estaba el manantial de las verdaderas ternuras... ¡La cadena de los padres y los hijos!... Cadena que, remontándose por sus eslabones hacia el pasado, sería toda amor, abnegación, la unidad sincera, real, caritativa, de la pobre raza humana (p. 216)

El hijo, entendido de esta manera, es el nuevo punto de partida que asume Bonifacio: tiene ante sí un nuevo ser en el que dejar de ser, para superar lo que él no ha sido... pero el choque es brutal cuando Serafina le descubre que él no es el padre de la criatura.

Ya en *Une Vie*, Maupassant presenta al hijo como una trampa. Maupassant admira a la mujer estéril y desprecia a la mujer deformada por el embarazo y sometida al poder de la naturaleza. El momento del nacimiento de Paul se evoca bajo el fantasma de la muerte (recuerdo de Schopenhauer) y de las teorías de Darwin (el hombre sometido a la evolución) y, si una reacción instintiva hace irrupción en Jeanne con una violencia tal que el niño se transforma en objetivo de la vida (p. 164), muy pronto el autor nos presenta la maternidad como una transferencia neurótica: Jeanne será una madre abusiva, alienada por su función (ibidem y p. 165), tan obsesionada que, asustada por una enfermedad de Paul y la posibilidad de perder al hijo, va a representar, en unas escenas únicas en la obra, en un prodigio de amor propio, una comedia de sensualidad que la subleva y que cuenta expiar con una castidad eterna tan pronto la concepción tenga lugar (p. 218).

La aspiración a la procreación se manifiesta, para un conocedor de Schopenhauer —como fue Maupassant—, como la imagen de un mundo librado al querer, al deseo ciego, sin capacidad para comprender su inanidad. El ansia por la maternidad da la impresión de un eterno recomenzar, favorecido por las vagas sensaciones que fermentan en Jeanne con la llegada del buen tiempo.

El hijo es tan importante que la muerte de Julien pasaría desapercibida si no conllevara el nacimiento de una niña muerta. Todo el afecto que Jeanne es capaz de sentir será traspasado al hijo —especialmente cuando también la madre ideal aparece corrompida por relaciones adúlteras—.

Pero Poulet no puede, tal como querría su madre, mantenerse en el campo, debe ir al Collège du Havre, a pesar de las reticencias y lágrimas de Jeanne. Jeanne había entrado en su papel de madre con la misma felicidad y esperanzas sugeridas al iniciar su papel de esposa; de nuevo será desilusionada, víctima de una dependencia física y moral; no soporta el separarse de Poulet, prefiere sacrificarle a su felicidad personal:

J'ai été si malheureuse... si malheureuse! Maintenant que je suis tranquille avec lui, on me l'enlève... Qu'est-ce que je deviendrai... toute seule à présent? (p. 251)

La pasión por el hijo es exclusiva y excesiva y éste acabará por huir, huída representada en un principio por el desapego:

Poulet semblait avoir déjà pris son parti de la séparation. Pour la première fois de sa vie il avait des camarades; et le désir de jouer le faisait frémir sur sa chaise au parloir.

Jeanne revint ainsi tous les jours, et le dimanche pour les sorties (p. 253)

Muchos de los rasgos de Jeanne parecen ser autobiográficos: Laure de Maupassant, desgraciada en su matrimonio, volcó un afecto obsesivo sobre sus hijos. Las frecuentes visitas al colegio serán detalles vividos por el propio Maupassant.

Jeanne no había previsto que el niño, salvador de su vida, sería al mismo tiempo el que se la perdiera.

La vida se desarrolla con la desaparición de los que la originaron:

Chaque fois qu'elle revoyait son fils, il lui semblait qu'ils avaient été séparés pendant dix ans. Il devenait homme de mois en mois; de mois en mois elle devenait une vieille femme (p. 254)

El fragmento explica el mismo ciclo de la vida y de la muerte... la esterilidad de los lazos posesivos que pueden unir una madre a su hijo.

El amor excesivo ahoga al hijo: las preocupaciones suscitadas por el mínimo problema de salud son excusas para dispensarlo de las clases, para mimarlo... En estas perspectivas, no extraña que los estudios no susciten el interés del muchacho.

A la escasa altura intelectual se corresponde la pequeñez moral. Durante la infancia, Poulet sólo aprendió a ser un tirano, nunca se le mostró que los otros existen y deben ser respetados (vid, por ejemplo, p. 242).

La dependencia moral a la que Jeanne es sometida por Paul, se convertirá pronto en económica. Desde el principio Jeanne no posee nada propio: pasó de manos del padre al marido, su hijo la desposeerá de todo.

Dans l'univers romanesque de Maupassant, le sort de Jeanne est exemplaire, car chez Maupassant, la femme ne peut manier le possessif sans donner dans le grotesque, si ce n'est le tragique. Ses prises de possession sont illusoires, ses objets, dérisoires⁹

Todos los bienes se consumen para pagar las deudas de juego de Paul, luego éste reclama la herencia. Paul, adulto, es un jugador y un aventurero. Sin embargo, todo le sería perdonado si regresara, pero sus cartas son ásperas o fingen cariño para obtener más fácilmente el dinero.

Jeanne asume la defensa de Paul hasta que percibe que existe otra mujer en el corazón de su hijo. El amor posesivo no se acomoda con ninguna rivalidad, con ninguna otra presencia concurrente. Los celos —que no había sentido por su marido— se instauran en su cerebro al pensar que se le roba al hijo. El odio la empuja a una lucha que alcanza la máxima tensión en la búsqueda irrisoria por París a fin de evitar el matrimonio.

Decepcionada por la pasión maternal, degradada físicamente, Jeanne se proyecta en una nostalgia nociva de la existencia vivida. El vacío, la esterilidad son su único bagaje.

El fantasma de la esterilidad planea asimismo sobre *Su único hijo* aunque, en este caso, creemos que *Monsieur Parent* inspira más a Clarín¹⁰. En el cuento, el protagonista, de nombre claramente simbólico, vive exclusivamente por su pasión paterna. En las dos novelas, la esterilidad masculina se suple por la grandeza de afecto y cariño y los dos textos son muy modernos. De la misma forma, los dos textos dan cuenta de la realidad del adulterio femenino: en *Monsieur Parent* la sirvienta descubre al inocente marido la verdad, en *Su único hijo* es la amante. En *Monsieur Parent*, Maupassant analiza las consecuencias fatales, crudas y crueles para el protagonista, que pierde a su hijo, ante la sombra de la duda...

En *Su único hijo*, Serafina se convierte en el diablo —su parecido con la serpiente tentadora no deja lugar a dudas—, con el designio de tentar a Bonis en la religión de la paternidad que éste se ha construido.

Reyes da sentido a su existencia con la igualdad religión/paternidad pero ésta no adquiere su total validez mientras no pase por la tentación y reafirmación

⁹ N. Schor, «Une Vie, des vides ou le nom de la mère» in *Littérature*, nº 26, mayo 1977, p. 55.

¹⁰ Vid, en este sentido, C. Richmond, «Un eco de Maupassant en Clarín: el desenlace de *Su único hijo*» in *Los Cuadernos del Norte*, nº 16, año III, 1982, pp. 28-32.

de la creencia (el proceso nos recuerda, nuevamente, el evangelio). En ese momento, y no antes, cuando la figura de Reyes se engrandece y adquiere así visos de majestuosidad:

tengo fe, tengo fe en mi hijo. Sin esa fe no podría vivir. Estoy seguro, Serafina; mi hijo... es mi hijo (p. 276)

Para la protagonista de *Une Vie* una nueva esperanza liberadora le es anunciada con el buen tiempo que regresa (la novela finaliza en primavera). La naturaleza en fiesta coincide con la muerte de su rival y el nacimiento de la nieta configura la última forma novelesca del ansia de ideal.

En *Une Vie*, el nacimiento de esta niña viene a demostrar que todo es un recomenzar.

En suma, la nieta de Jeanne, el hijo de Bonis son la señal de que la vida continúa, los autores parecen dejarnos soñar pero no demasiado: la experiencia negativa con Paul, la incertidumbre de la paternidad para Bonifacio nos transmiten un mensaje, el ideal y la realidad se oponen sin que exista conciliación posible, pero en eso consiste vivir, insinúan los escritores y ésta es su conclusión: el arte de vivir reside en la forma de acoger los acontecimientos que conlleva la existencia. De la misma manera que hay que huir de esperanzas quiméricas, de la felicidad que se cree eterna, también conviene saber hacer frente a las decepciones y sobrellevar los malos momentos aprovechando los instantes de alegría que a veces se mezclan con las lágrimas. Quedan muy lejos los grandes destinos heroicos, pero el consuelo más cotidiano tampoco es seguro. Aunque sea tópico, la conclusión que se extrae de *Une Vie* y de *Su único hijo* ha de expresarse mediante las palabras de Rosalie:

La vie, voyez-vous, ça n'est jamais ni si bon ni si mauvais qu'on croit (p. 317)